

¿Somos felices?



BSCAM

Sus discípulos serían bienaventurados, dichosos, felices.

HUGO ESTRADA

Todos ansiamos afanosamente ser felices. Buscamos la felicidad en todos los caminos de la vida. Por todas partes se nos dice que allí está la felicidad; pero, cuando nos acercamos para vivirla, nos damos cuenta que no era el camino adecuado. El mundo nos asegura que con dinero, placer, fama, poder se llega a ser felices. Muchos ya tienen todo lo que el mundo les ofrece y son los más infelices entre los seres humanos. Es difícil encontrar personas que afirmen sin titubeos que son felices. El salmo 1 de la Biblia comienza indicando cuál es el camino de la felicidad, en cuanto ésta pueda ser experimentada aquí en la tierra. El salmo 1 inicia afirmando: «Bienaventurado el que...» «Otras traducciones apuntan: «Feliz», «Dichoso». Lo cierto es que el Salmo 1 afirma que ya es dichoso el que va

por el camino que Dios revela, que no es un camino puramente humano, sino divino: revelado por Dios en su santa Palabra.

Toda la Biblia es el camino de Dios para ser «bienaventurado», «dichoso», «feliz». Jesús, al iniciar su predicación, comenzó prometiendo felicidad a los que se atrevieran a enfilarse por el camino que él indicaba. En el Sermón de la Montaña Jesús comienza afirmando: «Bienaventurados los que...» (Mt 5, 3). Jesús aseguraba que los que se atrevieran a ir por el camino de las bienaventuranzas que él proponía comenzarían ya a ser dichosos aquí en la tierra. A nadie el Señor le prometió eximirlo del sufrimiento, de la cruz; lo que sí prometió fue «bienaventuranza», bendición, gozo espiritual, realización personal para los que aceptaran el camino del Evangelio.

El retrato del hombre bueno

El salmo 1, con breves pinceladas, esboza el retrato hablado del hombre bueno: Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos, sino que su gozo es la ley del Señor, y en ella medita día y noche (vv. 1-2).

El hombre bueno es retratado por medio de tres cualidades: no sigue el consejo de los impíos, no va por la senda de los pecadores, no se sienta con los cínicos. El salmista, para hablar de los malos, comienza exponiendo una gradación con respecto a la maldad en la que paulatinamente va cayendo el malo: primero, comienza aceptando el consejo de los «impíos», de los que no tienen tiempo para Dios en sus vidas. Esto los hace convertirse en «pecadores», que violan los mandamientos de Dios. El tercer paso de los malvados es llegar a ser «cínicos», que se burlan de las cosas de Dios y de los que creen en él.

El hombre bueno, por el contrario, ha encontrado su gozo en meditar día y noche en la ley del Señor, que considera como la voluntad de Dios hecha Palabra. Para el judío, «meditar» no consiste en centrar la atención en un tema y hacer elucubraciones para sacar una conclusión. Para el judío «meditar» consiste en darle vueltas y más vueltas a la Palabra de Dios para entenderla más y más, para hacerla vida de su vida. Junto al Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, se ve a los judíos de pie, meciéndose, y musitando una y otra vez la Palabra de Dios. Están «rumiando» la Palabra para tratar de asimilarla. Lo hacen con gozo, no como una «tarea» impuesta por obligación.

El hombre, bueno, que retrata el Salmo 1, ha encontrado «gozo» en musitar, día y noche, la ley del Señor. Según Alonso Schökel, cuando aquí se habla de la Ley del Señor, se refiere específicamente a los Diez Mandamientos. Al profeta Ezequiel, antes de ser enviado a predicar, se le ordenó que se comiera el Libro de la Palabra de Dios. El profeta aseguró que había sentido la Palabra de Dios como «miel en su boca» (Ez 3,3).

Árbol junto al río

Dios mismo hace la evaluación del hombre bueno, cuando lo compara a un árbol fructífero, que está junto al río, y tiene siempre hojas verdes y fruto a su tiempo: Será como un árbol plantado junto al río que da fruto a su tiempo, sus hojas no se marchitan, y cuanto emprende tiene buen fin (v. 3).

El árbol que está plantado junto al río no necesita ser regado; sus raíces están conectadas con el agua y absorben constantemente su alimento. En el Evangelio de san Juan, el agua es símbolo del Espíritu Santo. El que día y noche está conectado con las aguas santificadoras del Espíritu Santo, pronto evidenciará en su vida lo que la carta a los Gálatas llama «el fruto del Espíritu», que se manifiesta en: «amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre y templanza» (Gal 5, 22). El fruto del Espíritu Santo en un individuo indica «santidad»: es señal de que la persona se ha dejado transformar por el Espíritu Santo. La santidad consiste en parecerse a Jesús. El fruto del Espíritu es el carácter de Jesús que se manifiesta en la persona llena del Espíritu Santo.

Otra nota determinante del hombre bueno, según el Salmo 1 es que «todo lo que emprende le sale bien» (Biblia de América). Eso de que el hombre bueno prospera en todo, no hay que entenderlo en el sentido

materialista del mundo: dinero, poder, fama, placer. Aquí, lo que el salmista quiere indicar es que, aunque fracase en algunas circunstancias, siempre contará con la «bendición de Dios», que es lo más importante para el hombre bueno. La bendición de Dios es superior a cualquier prosperidad material, que el mundo pueda ofrecer.



Será como un árbol plantado junto al río.

Nuestra opción

Al concluir la meditación sobre el Salmo 1, nos viene a la mente la pregunta: ¿Con quién me identifico: con el hombre bueno o con el malo? En este momento, ¿voy por el camino «estrecho» de Jesús o por el camino «ancho» del mundo? ¿Mi vida está cimentada sobre la arena de los criterios materialistas del mundo o sobre la roca firme de la Palabra de Dios? Este serio examen de conciencia no debe ser una «asignatura pendiente» en nuestra vida, pues es el examen más importante de nuestra existencia. Jesús en el Evangelio se presenta como el único camino de salvación. Jesús no habla en plural, de caminos; habla, en singular, de camino. Por eso afirma: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Es el puente por el que hay que pasar necesariamente para llegar al Padre. Jesús viene también para decirnos que, si vamos por «su camino», seremos felices ya aquí en la tierra, tendremos su bendición, su protección. Cuando el Señor estaba por despedirse de sus apóstoles, les dijo: «Les he hablado

de estas cosas para que mi gozo esté en ustedes y para que su gozo llegue a la plenitud» (Jn 15, 11). Al iniciar su programa de evangelización, en el Sermón de la Montaña, también Jesús les garantizó a sus discípulos que serían «bienaventurados», «dichosos», «felices» si se atrevían a ir por el camino de las bienaventuranzas, del Evangelio.

Jesús no vino para traernos la terrible noticia de que nos tocaba ser «infelices» aquí en la tierra para ser felices después en el cielo. No. Evangelio quiere decir «buena noticia». Jesús viene a prometernos que, si vivimos según su Evangelio, ya hemos comenzado a ser «bienaventurados» aquí en la tierra, que nuestra «bienaventuranza» se va a perpetuar para nosotros en la eternidad dichosa.

En resumidas cuentas, lo que enseña el Salmo 1 muy didácticamente es que sólo hay dos caminos en la vida: El de Dios, el de los buenos, y el del diablo, el de los malos. Ya aquí en la tierra podemos ser como un «árbol fructífero» junto al río de la Gracia o como «paja arrastrada» por las fuerzas del mal. A nosotros nos toca escoger: o ser bienaventurados o ser infelices ahora y en la eternidad. Nuevamente la gran pregunta de mi vida: ¿Cuál es mi retrato a la luz del Salmo 1?